LA CONDICIÓN DE LA IDENTIDAD HUMANA

Prof. Edgardo Carosella

Exmo. Sr. Presidente de la Real Academia
Exmas. e Ilmas. Autoridades
Ilmos. Sres. Académicos
Señoras y Señores.

Es para mí un gran honor recibir tan alto galardón de esta tricentenaria Real Academia de Medicina, la distinción de la que he sido objeto a través del nombramiento de Académico Correspondiente.

Nunca pensé que recibiría tan valioso reconocimiento de una Institución que simboliza la esencia misma de esta querida región de Andalucía. Es con alegría y sentimiento, dado que siendo hijo y nieto de españoles que acojo esta distinción de "La Madre Patria" como decían mis abuelos.

Permitirme que por ello exprese al Presidente: Excmo. Sr. Dr. D. Jesús Castiñeira Fernández, mi profundo agradecimiento por este nombramiento que me abre las puertas a esta Real Academia de Sevilla que tanto prestigio tiene no solo aquí sino en toda España y en Europa. Así mismo quiero agradecer a los señores académicos Dres. José Luis Serrera, Pedro Sánchez Guijo y José Peña, que un día formularan la propuesta en favor que quienes les habla.

Mi agradecimiento sería incompleto e injusto si no expresara asimismo, mi gratitud al Profesor Jean Dausset (Premio Nobel de medicina) quien me recibió en Francia en el hospital San Luis de París, me formo y con el cual trabajé durante 33 años, fue más que mi maestro fue mi padre espiritual, a él le dedico esta nominación.

Al Profesor José Peña Martínez por quien tengo una gran amistad y una gran admiración, no solamente en el plano científico por su rigor y la originalidad de sus trabajos, pero sobre todo como ser humano, su positivismo y deferencia hacia los otros, hacen de él un modelo y un faro, mi real reconocimiento.

La filosofía de las ciencias fue declinada a través del tiempo en la historia de las ciencias, apartándose de la reflexión de los avances técnicos y científicos. Pocos son los países que efectivamente tratan este aspecto en la extensión que mece. Es solo en los países anglosajones como Alemana, Inglaterra o los Estados Unidos, en los cuales en ciertos centros de investigación existe un departamento de filosofía que interviene sobre las nuevas hipótesis descritas por los investigadores, ayudándoles a proyectarse en el futuro y a retener el carácter ético de sus estudios.

Desde hace varios años, la ética es considerablemente solicitada en medicina y en ciencias y paradójicamente la reflexión filosófica nunca estuvo tan ausente, por lo menos en Francia que continúa formando filósofos importantes aunque muy desligados de la ciencia.

Como discurso de ingreso trataré sobre las bases biológicas y filosóficas de la identidad del individuo y su importancia en el sentido de la vida. Por ello, esta conferencia que expondré a consideración de los señores académicos, la he titulado *"La condición de la Identidad Humana"*.

La decisión de abordar nuestra identidad desde un punto de vista biológico y filosófico es, de algún modo un guiño de ojo, al profesor José Peña dado que su discurso de ingreso a esta academia fue sobre el *"Sistema inmunológico, guardián de nuestra identidad"*.

Al mismo tiempo me da la oportunidad de exponer un tema que he desarrollado en varios libros y que he expuesto recientemente en la Academia de Ciencias del Instituto de Francia y en la Academia Pontifical en el Vaticano.

LA CONDICIÓN DE LA IDENTIDAD HUMANA

INTRODUCCIÓN

Todo ser humano busca conocer su identidad y el sentido de su vida. El hombre es un *homo, viatus* que prosigue su trayecto, su senda, para comprender quién es y dar un sentido a su existencia. Sin embargo, a la pregunta "¿Quién soy? y ¿Cuál es mi misión? ", no siempre ha respondido de la misma manera a través de la historia. Conceptualmente podemos distinguir, tres épocas. La primera es el período beligerante, en la cual el hombre es un conquistador. Es la época antigua, dominada por figuras como Alejandro Magno el hombre se afirma sometiendo a otros hombres o pueblos. Por supuesto, que los hombres siempre han combatido entre sí; pero en esos tiempos belicosos, no lo hacían en nombre de Dios o de otros ideales, lo hacían únicamente por la ambición de conquistar. Es también el periodo en el cual nace la filosofía, pero el filósofo debía también en aquel tiempo ser un luchador, como lo muestra Platón, con Sócrates que lo elogia como filósofo y como uno de los más valientes guerreros de Atenas.

El segundo es el periodo místico, durante el cual el hombre busca en Dios la respuesta al sentido de su vida y de su identidad. Esta etapa corresponde a la Edad Media, en la que la humanidad, en su esencia como en todas sus realizaciones, solo tienen sentido cuando se hacen en nombre de Dios.

El tercer período es la época de los años luz, la de los grandes científicos, que empieza en el Renacimiento, con Galileo y Copérnico. El hombre busca el sentido de su existencia en la ciencia y la tecnología, en sus logros y promesas. Sólo la explicación científica es considerada legítima.

En este enfoque coincidimos, en parte, con los tres "estados" descritos por el filósofo Auguste Comte (1798-1857): según él , la humanidad ha pasado del estado "teológico" en el que el razonamiento imputaba los fenómenos naturales observados a la acción de elementos sobrenaturales, al estado "metafísico", en el cual estos elementos sobrenaturales son reemplazados por fuerzas abstractas de la naturaleza, y finalmente al estado "científico" en el que el razonamiento indaga las leyes que producen esos fenómenos (renuncia a interrogarse sobre el "¿Por qué?" para interrogarse sobre el "cómo").

Aún en el presente estamos en el período "científico" o "positivista". Los recientes avances en biología, especialmente en genética, han forjado las bases contemporáneas para que el hombre pueda comprender su identidad. Para responder a la pregunta "¿Quién soy? ", el hombre ya no tiene que mirar a Dios, sino hacia la ciencia, y sobre todo a la biología.

En particular, leemos y escuchamos con frecuencia que la clave de la identidad del ser humano estaría, en sus genes, supuestamente responsables de su singularidad y su diferencia. Sin embargo, son prácticamente todas las disciplinas de la biología que han tratado de definir la identidad humana.

La ciencia extiende cada vez más su razonamiento para explicar de más en más las preguntas societarias que pretende ser capaz de responder. Actualmente, trata de responder a la cuestión de nuestra propia identidad, asimismo que a las preguntas de bioéticas que resultan. Sin embargo las respuestas que las ciencias de la vida aportan a este debate, es complejo. Hacen hincapié en que el hombre es único, sin duda, pero también no hay que olvidar que todos pertenecemos a la misma especie, *la especie humana*, que es racional y social, y en la cual tenemos más atributos en común que de características que nos diferencian.

La diferencia genética de un individuo a otro es mínima, las estructuras de nuestros sistemas biológicos: esquelético, circulatorio, inmune, nervioso, etc. son las mismas. La biología contemporánea acentúa el papel importante que desempeña el medio ambiente en la construcción de los organismos. El cuerpo humano, aparece como una síntesis de dos influencias conjuntas: su propia influencia y la del medio ambiente. La ciencia actual continúa a

cuestionarse sobre la identidad humana. Así, el *homo viatus* no ha llegado al final de su camino.

El propósito de esta presentación es analizar la relación entre la concepción de la identidad biológica y la concepción de la identidad humana a partir de los hallazgos actuales (1)

IDENTIDAD Y SU ALTERIDAD[1]

Para existir, no es suficiente encontrarse y conocerse es necesario construirse, ejercicio que hacemos a lo largo de nuestras vidas de alguna manera como el *"homo viatus"*, que busca la respuesta a la pregunta de su existencia, dando luego una continuidad a sus ideas y objetivos, organizándose en tanto que ser humano, es decir viviendo en harmonía con su entorno, y ser portador de la humanidad que contribuirá a su trascendencia. Este *homo viatus*, que se plantea la pregunta por el sentido de su vida, peregrinara a lo largo de la historia, aportando diversos tipos de respuestas: bélicas, místicas y científicas.

Así el "yo" es el producto de un interminable viaje de construcción. Cambiar se construir, es convertirse en otro, porque no se puede cambiar para permanecer exactamente idéntico, por lo tanto, ser yo mismo, es a la vez convertirse en otro y apropiarse de esta nueva alteridad. Pero esto no significa, copiar, imitar y mucho menos hacerse pasar por otra persona. Esta apropiación de una nueva alteridad es la capacidad de evolucionar en su propia identidad, en función de las relaciones y del reflejo en el medio que lo rodea. Cuando éramos estudiantes, nos comportábamos como tal, pero cuando llegamos a ser profesores no nos comportamos como estudiantes, ni por nuestros juicios, ni por nuestros enfoques.

En última instancia, nuestro ser se compone de un número ilimitado de seres y cambiará según los otros, como el diamante, en el cual cada faceta puede producir diferentes matices, pero el verdadero valor está en su

[1] Alteridad, término introducido recientemente por Emmanuel Lévinas, en una compilación de ensayos bajo el título Alteridad y Trascendencia.

pureza y no en las apariencias cambiante. Del mismo modo, mi identidad no se reduce a lo que ve mi entorno o a lo que él me libra, mi identidad se nutre de su vigilancia de su influencia, para cambiarse a sí misma y por sí misma. Es siendo sometida al juicio de los demás y a su propia individualidad que mi identidad es diferente, es decir, cambia y evoluciona. En otras palabras, lo que es invisible a nuestros ojos se hace visible a los ojos de los demás, es de los demás que depende nuestra realización, que no es otra cosa que ser plenamente uno mismo. La construcción de mi identidad no tiene sentido si yo la realizo en toda individualidad sin los otros (en el sentido de otros hombres y mujeres que nos rodean).

EL ROL DE LOS OTROS.

El "otro" no es el *alter ego* difícil de alcanzar, del que yo no sé nada, porque su pensamiento y razonamiento es ajeno a mí. Bien al contrario, la alteridad, según la entiende Emmanuel Lévinas, está en el núcleo de la identidad, y el otro es constitutivo del "yo", porque el otro me revela mi identidad. El otro es parte del "yo" en el sentido de que ningún ser humano es autónomo, auto-definido y hecho por sí mismo, cada uno está compuesto de elementos que eran inicialmente d los demás, pero fueron en realidad integrados, interiorizados por el ser en cuestión; el individuo aislado de toda influencia exterior es una visión que debe ser excluida. Por otra parte, el otro a través de sus diferencias, sus interacciones revela mi identidad y producen en mí una definición positiva de lo que soy.

La descripción de la alteridad a la que llegamos es mucho más que una amistad virtuosa como la definió Aristóteles. De hecho en el libro IX de la Ética a Nicómaco (2), se muestra que el amigo virtuoso es para el hombre un revelador su propia sabiduría, sólo los amigos pueden decirme quién soy, y no a la manera de un espejo estático, sino porque mi amigo y yo construimos en asociación nuestra identidad.

El hombre es un ser libre, porque sabe y, además, sabe que piensa, lo que le permite construir sus interacciones con el mundo y con los demás. El ser humano da un sentido a su existencia, volcándose hacia el otro, e inclusive después de su muerte, su existencia continúa en la mente y los recuerdos de los demás. Como lo ha dicho, en un contexto religioso, San

Pablo de Tarso: *"Ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. "*(3)

LA IDENTIDAD HUMANA INMUTABLE Y CAMBIANTE

Interrogarse sobre la identidad humana es realizarse dos preguntas, la primera: ¿Qué hace que en un momento dado, una persona es única, diferente de todas las demás? Se trata de la cuestión de la singularidad del individuo, esta singularidad es básicamente biológica, con un componente que cambia muy poco, el patrimonio genético (a pesar que de mutaciones espontáneas consecuentes a las fracturas del ADN, ocurren regularmente a lo largo de la vida de un individuo y hace que no se pueda hablar de una identidad genética "invariable"), y dos componentes fuertemente evolutivos, el sistema inmunológico y el sistema nervioso. En un instante dado, son principalmente estos tres aspectos que definen la singularidad biológica del individuo.

La segunda pregunta es la siguiente: ¿Qué garantiza que una persona sigue siendo la misma cuando cambia continuamente? Esto incumbe la evolución de la identidad en el tiempo. La identidad no es la fijeza, el mantenimiento a lo "idéntico". Cuando decimos que dos objetos son idénticos, significa que no tienen diferencias, es decir, son perfectamente sustituibles. Sin embargo, cuando se trata de la identidad del individuo, la definición cambia radicalmente.

Podemos ilustrarlo con dos diálogos que nos son familiares y que eventualmente hemos sido testigos:

El primero " ¡Tú no has cambiado!, ¡Pero sí! ", "! No, tú sigues siendo el mismo!".

El segundo: " ¡Hay algo en ti que ha cambiado!", "! No creo, sigo siendo el mismo!".

Cada uno se hace una imagen de sí mismo que no coincide necesariamente con la realidad, y una imagen del otro, que no coincide necesariamente con la imagen que el otro se hace de sí mismo. En el primer diálogo, reivindicamos el pasado, vivido y sus efectos sobre nuestra identidad. En el segundo, por el contrario, no aceptamos el tiempo pasado

y, de alguna manera, revindicamos una identidad inmutable que más nos conviene. ¿Cuál es la actitud más razonable? Lógicamente sabiendo que el tiempo pasa y deja sus trazos, el segundo diálogo es el más justo, aunque el primero no es tan inexacto porque el tiempo ha pasado también para el otro, pero ese tiempo es una circunstancia que acompaña los hechos y los caracteriza, lo que importa son los sentimientos que lo animan y ni el uno ni el otro vieron el tiempo pasar y ven una identidad *quasi* inexistente, sin tener en cuenta que la identidad de cada uno ha evolucionado. Por ejemplo, en el diálogo entre Nadja y André Breton a la pregunta "¿Quién eres?"Nadja responde:" ¿Quién encanto? [...] Obviamente alude a lo que tenía que cesar de ser por ser ella misma". André Breton utiliza el término "encantar" en el sentido figurado de ser "habitada por un fantasma," es decir aquel que tuvo una identidad y una existencia anterior y finita el día de hoy. Nosotros también tenemos una tendencia a encantar a los demás y, por lo tanto sesgar la respuesta del otro. Nosotros tenemos seguramente en nuestra identidad, identidades "fantasmas" que puedan surgir, de acuerdo a las circunstancias, y que nos recuerdan lo que hemos sido y que no somos más.

La identidad de un individuo implica un cambio en el tiempo y la constitución de sus diferencias.

Interrogarse acerca de la identidad de una persona, es preguntase cómo cambia con el tiempo, sin dejar de ser "sí misma". En otras palabras, la identidad se construye, y consiste a cambiar sin dejar de ser uno mismo. Soy el niño que yo fui, y, sin embargo, a pesar de las similitudes que puede haber entre ese niño y el hombre que soy, definitivamente soy otro muy diferente de él. La identidad no es ser siempre el mismo de lo que fue.

Una pregunta que surge, es si la construcción de la identidad de un individuo dado es la misma hoy que hace treinta años o un siglo. De hecho, todo lo que pensamos, decimos y estamos sobrellevando es relativo y depende de los recursos que tenemos a nuestra disposición. Los medios de conocimiento y acceso a los conocimientos no son los mismos hoy, que hace cincuenta años. Pensamos y nos expresamos de acuerdo a estos medios. Indudablemente, el individuo es el mismo, pero precisamente a causa de los cambios en estos medios, la relación con los demás no es la misma. Esto equivale a decir que yo soy el que soy en mi tiempo y que sería un otro en otro tiempo. Por la misma razón, debo también aceptar que la construcción de esta identidad depende del espacio, ya que no se

construiría de la misma manera en otros lugares. Estas nociones de espacio y tiempo en nuestra identidad son esenciales. Estoy aquí y ahora, y yo soy diferente de ayer, debido a que estamos en constante mutación.

Este vínculo de nuestra identidad con el espacio y el tiempo podría, al parecer, tener consecuencia en nuestra humanidad que sería cambiante y dependiente de nuestro entorno. Uno podría estar influenciado por las ideas, conceptos, formas de vida de los que nos rodean, y ser así, por ejemplo, un humanista, un positivista o espiritualista, dependiendo del lugar donde nos encontráramos. Cada uno de nosotros construye su identidad de una manera que le es propia, y esta identidad no se limita a la adición de las influencias ambientales. Hablar de la identidad de una persona, no es hablar de su permanencia, su fijeza, ya que seguirá siendo siempre la misma, porque "algo" va a garantizar que es la misma persona, a pesar que de hecho cambia todo con el tiempo. Si el concepto de identidad es complejo, es precisamente porque se encuentra entre el mantenimiento de lo idéntico (donde nada cambia) y el flujo constante (donde todo cambia).

IDENTIDAD, ADICIÓN Y RUPTURA.

El carácter más extraordinario de la vida es su carácter aditivo, es decir, la adición de los hechos que se superponen en capas formando una serie de depósitos sedimentarios que dejan trazos en las capas que se superponen. En el curso de la vida, estas capas sedimentarias se añaden entre sí. Se podría pensar entonces que la identidad del individuo, sigue el mismo proceso. Si aceptamos esta idea, reducimos el “self” (el “yo”) a una acumulación de experiencias individuales cuya evolución dependerá principalmente de las diferentes etapas de la vida de cada individuo. El “yo” de un niño sería casi idéntico al de los otros niños de una misma comunidad, de la misma edad y la misma educación, o los hermanos gemelos educados en la misma familia. Esto nos llevaría a pensar que el “yo” sería adquirido en la adolescencia o en la edad adulta. Evidentemente, hay que reconocer que la experiencia de cada individuo juega un papel importante en la construcción de la identidad. Sin embargo, se establece por rupturas sucesivas (infancia, adolescencia, etc.) compuestos de eventos singulares en la vida de un individuo. En este sentido, podemos decir que nuestro ser

avanza con nuevas construcciones que se producen luego de cada ruptura. Estos ciclos hacen que seamos diferentes en cada etapa de nuestra vida. Mi identidad de hijo no puede ser la misma que mi identidad de padre o abuelo, de la misma manera que mi identidad no puede ser la misma siendo hijo y padre a la vez. No podemos ser lo que fuimos y lo que seremos. Nuestra identidad no puede conjugarse al mismo tiempo en el pretérito perfecto y en el futuro y sin embargo, siempre creemos ser el mismo. Además, nuestra imagen se sitúa frecuentemente en una etapa de nuestra vida, por lo general en la juventud, como si quisiéramos voluntariamente fijarla en ese período. Sin embargo, vemos pasar el tiempo en los otros, y decimos: " como envejeció", o " como, han crecido estos niños son ya hombres " etc. Comúnmente constituimos la memoria de nuestra identidad, eligiendo entre nuestros recuerdos, aquellos que más nos convienen o nos hacen mayor placer y que están de acuerdo con nuestros valores actuales.

También la medicina nos da la oportunidad, de un punto de vista estético, de estar más cerca de esa imagen que queremos conservar de nosotros mismos y que nos agradaría que los otros conserven de nosotros. Pero esa imagen exterior es sólo una apariencia, cierto importantes para la identidad, pero no es la identidad en sí. Mismamente, a través de cirugías estéticas repetidas, para alcanzar el objetivo último del culto de una imagen idealizada de sí, imagen originaria de un pasado soñado más que real, nos convierten en individuos poco diferentes de otros (que también han acudido a la práctica de la misma cirugía), y que acabarán por perderse así mismo.

Por lo tanto, si nuestra identidad evoluciona, somos siempre diferentes y sin embargo idéntico a nosotros mismos. De hecho, no somos realmente diferente de la naturaleza que nos rodea: que cambia todos los días y en cada estación, para que, al final, todo siga igual. Tal vez la sabiduría de nuestro ser es que se compone de rupturas sucesivas, de nuevos ciclos para que el individuo permanezca idéntico a sí mismo. En definitiva reanudamos, con la idea de Alphonse Karr "*plus ça change, plus c'est la même chose*" ("*más se cambie, más es la misma cosa*") todo debe cambiar para que todo siga igual. Esta es la razón por la cual la identidad no puede ser aditiva. El self no puede ser concebido como una simple superposición de características añadidas una sobre otra como capas sucesivas de buenas y

malas experiencias, no hay buenos y malos self, sino un self en evolución constante.

LA APOLOGÍA DE LA INDIVIDUALIDAD:

Unicidad e individualidad

Nosotros, los seres humanos, creemos firmemente en nuestra singularidad, es decir que cada uno de nosotros se siente diferente de los otros, diferente de todos los demás seres humanos. Además, nos vemos como realidades autónomas, es decir, como seres que, se dan a ellos mismos las reglas de sus acciones. En otras palabras, somos autócratas de todo lo que hacemos y pensamos. La suma de esta singularidad y autonomía es lo que llamamos nuestra individualidad. Nada nos incomoda más que la perspectiva de ser "como los demás" o no ser dueños de todas nuestras acciones.

La individualidad definida como singularidad y autonomía, es en cada uno de nosotros consustancial con nuestra propia existencia, es un elemento necesario para que seamos nosotros mismos, así el "yo" seria la individualidad de cada uno que lo distinguiría de todos los demás. Lejos de contradecir estas ideas o puntos de vista, la biología contemporánea las ha fortalecido. El descubrimiento de la diversidad genética de la molécula HLA (Antígenos Leucocitarios Humano (4,5)), la singularidad del sistema inmunitario y del sistema nervioso, han confirmado, al menos en apariencia, el sentido de nuestra individualidad biológica. Sin embargo, es esencial de comprender cómo esta individualidad evoluciona en el tiempo. Intuitivamente, pensamos que tenemos un sustrato biológico, que nos hace diferentes uno de otros y que no cambia, se establece en nuestro nacimiento y permanece hasta la muerte. Sin embargo, esto es una apariencia, dado que encontrar los verdaderos constituyentes biológicos de este sustrato invariante y constante, es cuestionable, no es porque una persona tenga una mutación en un gen, que este gen va a expresarse; dependerá de una serie de factores, e influencias ambientales, como, por ejemplo, la dieta del individuo en la diabetes. El hombre no es prisionero de sus genes más que el pintor de su cofre de acuarelas. La identidad de un

individuo tiene una base biológica, que se elaboró durante toda la vida del individuo, y es en sí sujeta a modificaciones. La pregunta que debe despertar nuestra atención es la siguiente: ¿La identidad del individuo es el diálogo entre el medio que lo rodea y él, o simplemente un monólogo? En el primer caso, la idea de construir la identidad prevalece, mientras que en el segundo la pre-definición de la identidad domina.

La unidad del yo ("self")

El "yo" es la unidad de una pluralidad, es unificado, y se mantiene como sí mismo, pero es el producto de influencias diversas, posiblemente contradictorias. La idea de que el yo está constituido por una pluralidad es remota; se encuentra por ejemplo en Fedra de Platón, en el diálogo en el que el alma humana es comparada con una diligencia que sería tirada por dos caballos, uno blanco, disciplinado y obediente y el otro negro, que es refractario a toda orden del postillón. Platón quiere decir que todos tenemos en nosotros tanto el deseo de ser "razonables" para hacer lo que sabemos que es correcto y justo, pero también tenemos, el deseo de actuar contrariamente a este decálogo, es decir, promover nuestros deseos egoístas e inmediatos. Encontramos, de hecho, una pluralidad en el individuo filósofo que piensa, porque, como también lo muestra Platón, esta vez en Theetete, el pensamiento es siempre un diálogo con uno mismo. Pensar es siempre se dividir, preguntarse a sí mismo si lo que pensamos es correcto, si la forma en que actuamos es adecuada. Pensar es cuestionarse uno mismo, es el desarrollo de un "otro" que constantemente nos pregunta si estamos seguros de lo que decimos, si no podríamos ver las cosas de manera diferente, y sin fin trae la crítica y la contradicción, para que nuestro pensamiento sea constantemente dinámico y vivaz .

Hablar con uno mismo, es estar hablando con otra persona. No es simplemente una reflexión, es un verdadero diálogo que comienza. La riqueza interior de cada uno de nosotros (alimentada por todas las experiencias vividas), nos puede llevar, si forzamos este diálogo al fondo de nosotros mismos, a algo sorprendente, que nos puede admirar y nos permitirá descubrir un otro que no habíamos sospechado de conocerlo, con sus ilusiones y frustraciones. El otro con quien interactuamos puede ser nuestro censor, nuestro guía y nuestra crítica. Pero, ¿Cómo está constituido el otro con quien hablamos? En Alicia en el país de las maravillas, de Lewis

Carroll le da a este "otro yo" la imagen de una niña que él llamaba Alicia, que muestra su preocupación constante entre la imagen del mundo exterior y la imagen del mundo interior, como son las cosas, como ella las ve y como le gustaría que fueran. En este libro, las frustraciones y ansiedades en forma de imagen de espejo, constituyen el centro de la historia.

De todos modos, el otro con el cual dialogamos es siempre el primero en ser consultado. Se establece sobre la selección que hicimos anteriormente, la interacción con nosotros mismos, y las preguntas a los problemas que hemos planteado. Con él, el diálogo puede siempre profundizarse aún más. El otro no es estático, cambia con el tiempo, también tiene una memoria y se construye sobre nosotros mismos. Si vamos demasiado lejos en una especie de diálogo interno, corremos el riesgo de caer en el autismo que es, se podría decir, la antítesis de la apertura a los demás. Si cultivamos este diálogo, automáticamente nos replegamos en nosotros mismos y nos sentamos en una cierta comodidad que nos va alejar de más en más de los otros. ¿Qué necesidad tenemos de frecuentarnos nosotros mismos? En primer lugar ¿Es que por reencontrarnos uno mismo somos mejores? Por supuesto que no, somos mejores cuando uno reconoce sus defectos y sus cualidades; conocerse mejor es poder abrirse mejor al otro, ya que no sólo podemos ofrecer a los demás lo que tenemos de excelente, pero también la seguridad de que le ofrecemos lo principal de nosotros mismos. El diálogo se producirá sin vacilación ni duda, lo que nos permitirá recibir y comprender a los demás.

Cultivar el diálogo interno no es aislarse en sí mismos, es el punto de partida para afirmar su propia identidad, más accesible a la pluralidad de los otros, es reafirmar su humanidad. Si no me conozco a mí mismo si yo no sé lo que hay de bueno y de malo en mí, si yo no puedo hacer mi autocrítica, ¿Qué diálogo, qué apertura puedo iniciar?

Ser es conocerse, y es este diálogo interior me permite avanzar en la construcción de mi identidad. Esta duplicación entre "yo" y "mí" como se encuentra en el diálogo interno a veces puede llevar a una pluralidad de identidades. Cada uno de nosotros, sin dejar de ser "uno", se divide en dos seres, típicamente el que juzga y el que es juzgado. Un caso extremo de identidad múltiple se presenta en el poeta portugués Fernando Pessoa, para él, su identidad sólo puede ser plural: "... *Yo soy diversamente otro, de un yo que no sé si es que existe … como si mi ser estuviera involucrado en todos*

los hombres pero de manera incompleta...gracias a una suma de non-yo sintetizada en un solo yo".

La unicidad representa para Pessoa la solitud del espíritu. Los heterónimos que el eligió en su carrera de escritor *("Caeiro", "Campos" y "Reis"*) que firmarán sus diversas obras, y durante muchos años nos hizo creer que eran tres o cuatro autores diferentes. Es a través de ellos que Pessoa construirá su identidad, ya que no podía existir solo, tenía que ser varios al mismo tiempo. Es este autor encontramos el ejemplo más tangible de una identidad plural.

Unicidad e individualidad

Los filósofos nos han enseñado desde hace mucho tiempo: que cada uno de nosotros es único. Esta idea nos halaga, nos agrada saber que somos diferentes y únicos, como una obra de arte, este postulado filosófico reafirmado por la psicología, ha sido consolidado por la biología a través de la demostración de la diversidad de nuestros genes y proteínas, que confirmar que cada uno de nosotros es un individuo perfectamente singular.

La pregunta de nuestra singularidad es de discernir si cada uno de nosotros es o no único. A veces, esta cuestión se reduce a saber si cada uno de nosotros es o no un "individuo". La noción de singularidad es diferente de la individualidad: un individuo como entidad que puede distinguirse de otras entidades. Por ejemplo, una mesa es un individuo en el sentido metafísico: lo vemos como una entidad, que cuenta con una unidad y se distingue de todo lo que no lo es. La metafísica, que es la rama de la filosofía que tiene como objetivo fundamental de explicar de lo que está hecho el mundo se esfuerza de determinar un principio de individuación.

Dos mesas que fuesen perfectamente idénticas no serían obviamente únicas (ya que cada una tendría un doble), pero cada una seguiría siendo un "individuo" en el sentido metafísico del termino: cada mesa en un momento dado está delimitada en el espacio y en el tiempo, y es claro que si, por ejemplo, una de las dos mesas se rompe, no es por esto que la otra lo seria automáticamente. La diferencia entre la singularidad y la individualidad es la siguiente: desde el momento que designamos un objeto como una entidad delimitable en el espacio y en el tiempo, es un individuo, pero a condición

que ninguna otra cosa sea idéntica a él, en cuyo caso además podemos decir que es única. Cada ser humano es sin duda un individuo; pero ¿En qué medida es único? Los filósofos hace tiempo que nos han ilustrado sobre nuestra singularidad en tanto que seres humanos. Aristóteles veía en el ser viviente y especialmente en los seres humanos, el mejor ejemplo de la sustancia primaria, es decir, de la entidad individual y única (6). Los filósofos llamados "nominalista", como Guillermo de Ockham (1285-1347), proclaman que en el mundo solamente hay individuos únicos. Leibniz (7), que defendía una forma de nominalismo explicaba a la Princesa Sophie, caminando en sus jardines, que sería imposible encontrar dos hojas de un árbol perfectamente idénticas. En efecto, la naturaleza es la reina de las pequeñas diferencias que hace que jamás dos cosas sean exactamente iguales. Este es particularmente el caso de los seres humanos: no hay dos personas exactamente iguales. Incluso los hermanos gemelos monocigóticos son diferentes, tanto psicológica como físicamente, y quién los conoce suficientemente bien no los confunde.

IDENTIDAD BIOLÓGICA

¿La identidad biológica puede ser el fundamento de la identidad del individuo? Al ser humano no le convence saber que su identidad es solamente biológica. Esto se debe principalmente a que considera que sus emociones, y sus pensamientos - mucho más que su cuerpo - forman la base de su identidad. Además el sentido común se incorpora al de muchos filósofos que afirman que el hombre es el alma, es decir, que la identidad humana es en primer lugar la identidad del alma, no del cuerpo. Este punto de vista es aceptable, pero no debe inducir a errores dado que el pensamiento releva también de la biología.

No es a partir de la biología que podemos hacernos una cierta idea del hombre, por el contrario, es a partir de una cierta idea del hombre que la biología puede ser utilizada para servir al hombre (8).

El discurso biológico sobre los seres humanos es siempre delicado, ya que tiende a "naturalizar" lo que es la realidad social y con el pretexto de una supuesta objetividad, se disimula en realidad un conjunto de normas sobre el hombre y el mundo social. Personalmente, estoy de acuerdo en

que no debemos tomar de la naturaleza las normas de comportamiento, porque la descripción que daremos de ella será siempre interpretativa y de todas maneras, la naturaleza no puede ser en sí una definición de una obligación. En cambio, podemos sugerir que para definir la identidad, hay que quebrar este círculo vicioso que se ha establecido entre el nivel biológico y lo humano. ¿En qué consiste este círculo? Consiste a interpretar de manera antropomórficas la realidad biológica (especialmente la de los organismos) y luego nutrir nuestra idea preconcebida de lo humano a través de lo que afirma la biología. Así, por ejemplo, vislumbramos la identidad de los organismos como una autonomía, y creemos que podemos beneficiarnos de los resultados de la biología para fortificar nuestra creencia en nuestra autonomía. Se debe, en cambio, tratar de pensar en la biología como lo más mínimo antropomórfico posible con el fin de identificar las características de la identidad biológica, y luego preguntar si una tal identidad biológica puede aplicarse a los seres humanos, o que es lo que puede cambiar en nuestra concepción la identidad humana.

La cuestión esencial no es tanto "¿Quién soy yo? Si no ¿"Qué organismo soy yo? "

En esta etapa surgen dos formas de identidad: i) la individualidad: ¿qué es un ser? En otras palabras, ¿cuál es la unicidad de un ser y su separación de lo que no es él? Dos hermanos gemelos, por ejemplo, ¿son diferentes? ¿Es cada uno de ellos único? ii) la mismidad de la identidad: ¿qué es lo que hace que un ser sea el mismo a pesar de los cambios que lo afectan a lo largo del tiempo? Se trata entonces del devenir de la identidad. A pesar de todos los cambios que se producen en nosotros a través del tiempo, debemos preguntarnos, ¿si seguimos siendo los mismos, o somos un otro? ¿En qué medida, por ejemplo, una mujer o un hombre adultero es la misma o el mismo que la mujer o el hombre recién casado?, ¿podemos pensar que una persona que ha sufrido uno o varios trasplante de órgano sigue siendo la misma? La biología contemporánea tomó esta idea filosófica y ha demostrado que es cierto en el campo de la vida. Ella explica los mecanismos que hacen que cada uno de nosotros sea único. Estos mecanismos por razones de simplicidad pueden dividirse en tres categorías: genética, fenotípica, y ontogenética.

En primer lugar, cada uno de nosotros es genéticamente único. Esto se aplica a todos los seres vivos que se reproducen sexualmente, lo que, por

definición, un individuo es el producto de la unión de los genes paternos que es el resultado de una combinación aleatoria entre estos genes (9). Sin embargo, en el momento de la meiosis, que es el proceso que da lugar a los gametos (es decir, las células sexuales o germinales), cada ovulo, de la misma manera que cada espermatozoide contiene una sola combinación de genes parentales entre numerosas posibilidades, es lo que se llama "entrecruzamiento intercromosómica." Se añaden además durante la meiosis, los intercambios de fragmentos de genes entre los cromosomas, es lo que se llama “entrecruzamiento intracromosomica o"crossing-over" . Esto hace que en el momento de la fecundación, será por casualismo, que tal ovulo y que tal esperma se fusione. En total, estos procesos son la fuente de la inmensa diversidad de combinaciones posibles para dar nacimiento a un nuevo individuo. En este sentido, garantizan la singularidad de cada uno de nosotros.

En segundo lugar, cada uno de nosotros es fenotípicamente único, es decir desde el punto de vista de sus características físicas, lo que es evidente, por nuestra simple apariencia, pero es aún más a nivel molecular. Una de las manifestaciones fenotípicas más importantes de nuestra singularidad son los antígenos HLA (antígeno leucocitario humano). Si el sistema HLA es tan importante y tan bien conocido es porque es la expresión tisular de nuestra singularidad que es esencial en la trasplantación de órganos (como fue demostrado por el Profesor Jean Dausset). El sistema HLA es el mejor ejemplo de la diversidad fenotípica, ya que consta de numerosos antígenos, el número de combinaciones posibles (5×10^{20}) es superior, al número de seres humanos sobre la tierra ($6{,}3\times10^{9}$). La posibilidad de encontrar dos individuos HLA idénticos es casi inexistente, a la excepción de hermanos idénticos (gemelos monocigóticos). La diversidad HLA es tal que Jean Dausset lo considero como un verdadero "documento de identidad" de cada individuo. Sin embargo, de punto de vista genético y fenotípico los hermanos gemelos monocigoticos son idénticos, es importante entonces de analizar a un tercer nivel, que es el de la singularidad ontogenética; los procesos por los cuales un organismo se construye en el tiempo como un individuo de más en más distinto y único. La construcción de la singularidad a través del tiempo se realiza principalmente a través de dos procesos. El primero concierne el sistema inmunitario que se construye y se diferencia en función de los antígenos que encuentra (por ejemplo, bacterias, virus, etc.), La diversidad del sistema

inmune depende del medio en el que evoluciona, dando lugar a un perfil inmunológico que es característico de cada individuo y que va memorizar, a través de las subpoblaciones celulares, que se desarrollan a lo largo de la vida, para desarrollar una respuesta inmune más eficaz.

De acuerdo a los viajes que hagamos los lugares en los que vivimos y la profesión que efectuamos, cada uno de nosotros encuentra una multiplicidad de antígenos diferente que promueven la producción de anticuerpos específicos, y que no son propios. En la perspectiva de la singularidad biológica es aún más significativo, que dos individuos que han frecuentado el mismo medio ambiente tengan diferentes perfiles inmunológicos. Por lo tanto, cada uno de nosotros es desde el punto de vista inmunológico único. Incluso los hermanos gemelos idénticos, si bien son genéticamente idénticos, no son inmunológicamente idénticos. (10)

El segundo proceso implica el sistema nervioso. Nuestras conexiones neuronales ya muy numerosas y muy complejas en el nacimiento, se modulan y se construyen a lo largo de nuestra vida. La formación del sistema nervioso como el sistema inmunológico depende estrechamente de nuestro entorno, es decir, que los estímulos que recibimos a través del tiempo, contribuyen a una construcción individual. Nosotros somos únicos a través de las conexiones neuronales que desarrollamos durante nuestra vida. De hecho, el cerebro de cada individuo tiene 10^{11} a 10^{15} neuronas y conexiones diferentes, y a pesar que probablemente utilizamos una mínima parte, son esas conexiones que contribuyen a que nuestros razonamientos y nuestros pensamientos sean únicos.

La plasticidad cerebral es además esencial para el aprendizaje. El cerebro almacena todas las informaciones a través de redes de sinapsis que se desarrollan a partir de nuevas percepciones. Estas redes son responsables de la memorización. La plasticidad del cerebro está en su capacidad de cambiar las conexiones de sus redes y circuitos neuronales.

Asimismo cuando escuchamos una palabra o vemos un objeto que no conocíamos, nuevas conexiones entre las neuronas del centro solicitados (auditivo, visual, etc.) se establecen y cada vez que entendernos esa palabra o que reveremos ese objeto, esas conexiones se reforzarán y se harán más selectivas, creando así los recuerdos. Cuanto con más frecuencia utilicemos

estos circuitos y regularmente se activen, la imagen o la palabra almacenada revendrá más rápidamente.

A nivel cerebral estos dos mecanismos de aprendizaje y de memoria son similares a los encontrados en el sistema inmune. De la misma manera que dos personas no memorizan del mismo modo una palabra o un objeto, dos individuos no producen un anticuerpo idéntico frente al mismo antígeno y esto a pesar que el sistema inmune y el sistema nervioso de todos los individuos este constituido de la misma manera (mismos órganos, mismos tipos celulares, etc.), el entorno en el cual se vive diferencia cada uno y cambian eventualmente las predisposiciones genéticas. (11,12); incluso en los hermanos gemelos en los que las diferencias aumentan a medida que pasa el tiempo.

Estas dos disciplinas, la inmunología y la neurología justifican la tesis de la construcción ontogenética de la singularidad: el desarrollo comprendido como la edificación de nuestra identidad a lo largo de nuestra vida, y no se limita a la expresión de los genes de un ovulo fecundado. Esta construcción es constante, no se finaliza jamás, ya que a lo largo de nuestras vidas cambiamos en respuesta a nuestro hábitat. Es en relación con nuestro entorno, que fundamos sin cesar nuestra identidad para que sea única.

En consecuencia la biología contemporánea refuerza, y contribuye a fomentar el concepto que cada uno de nosotros es único. Sin embargo, el anuncio repetido de nuestra singularidad puede conducirnos a ciertos riesgos.

LOS GENES Y LA LIBERTAD DE NUESTRO DEVENIR.

La biología contemporánea da una gran importancia a los genes. El organismo es considerado como un sistema “vivo” determinado por la información genética contenida en sus células. La vida, de acuerdo a esta visión (actualmente dominante), sería el producto de su programa genético contenido en el ADN. Esta manera de concebir el organismo está basada sobre las ideas de autonomía y predestinación: el ser vivo se construye el mismo, de acuerdo a un plan de edificación predeterminado por sus genes. Esta visión de nuestra identidad biológica que fue propuesta y defendidas en

la década del 70, (y por los más influyentes) es todavía sostenida en el día de hoy por un gran número de científicos y no científicos.

Interpretar de manera excesiva el poder de los genes supone que el devenir de lo que nosotros somos, es decir lo que debemos ser desde nuestro nacimiento, depende enteramente de nuestro equipaje genético Esto implica que nuestros genes contienen la huella inteligible de nuestro devenir. Bien entendido, si definimos el devenir del ser humano como su desarrollo en el sentido biológico del término, es cierto entonces que los genes juegan un rol importante pero no exclusivo. En cambio sí por el devenir del ser humano entendemos lo que puede ser su vida y no lo que debería de ser, aparece entonces erróneo y peligroso de pensar que el ser humano es, en virtud de sus genes lo que éstos han codificado. Pues devenir, en el sentido propio del termino es proyectarnos en algo en lo que nosotros no somos todavía.

De hecho, la genética puede indicar si tenemos una predisposición a ciertos caracteres (calvo, delgado, obeso…), o a ciertas enfermedades (13). Cuanto más se avanza en el conocimiento de la genética y de la biología, mejor podemos predecir cuál será la consecuencia de la expresión de nuestros genes. Esta afirmación cautiva nuestra mente y frecuentemente, de acuerdo al grado de nuestras expectativas, nos va a hacer prisionero de lo que llamamos, de manera tal vez excesiva, la medicina predictiva; vis-à-vis de nosotros mismos y de nuestros descendientes. Dudamos cada vez menos en realizar exámenes prenatales como la amniocentesis para detectar ciertas enfermedades o malformaciones que creemos que, a la luz de nuestros valores de vida actual son un ”hándicap” para nuestra progenie, con la misma intención podemos también seleccionar los embriones que pueden ser implantados. Rechazamos de una cierta manera que nuestra descendencia pueda tener una vida que no coincida perfectamente con nuestros criterios de vida, o consideramos que nuestra vida de padres no nos permite recibir un niño "minusválido". Sin embargo pienso que no se debe, limitar la identidad de estos niños a sus genes y subestimar lo que sus diferencias pueden aportar a la construcción de nuestra propia identidad.

Creer que seremos lo que nuestros genes determinan es muy simplista y de acuerdo a nuestros conocimientos actuales, esta afirmación carece de humildad, dado que conocemos solamente aproximadamente 25.000 genes reales (es decir 3-4% del ADN total), que son necesarios a transcribir la

síntesis de las proteínas necesarias a la función celular. ¿Podemos predecir el final de una sinfonía inconclusa después de haber escuchado un primer movimiento o imaginar una gran obra literaria después de haber leído uno o dos capítulos? La Décima Sinfonía de Ludwig van Beethoven y la Octava de Franz Schubert como la novela de Gustave Flaubert: Bouvard y Pécuchet; tres obras inconclusas, son la prueba de que esto es imposible.

Diferentes músicos trataron sin éxito de concluir estas sinfonías, sin saberlo, solamente ayudaron a descubrir nuevas facetas de Beethoven o de Schubert.

En genética, muchos científicos han comprendido, que el desciframiento del genoma humano es un libro de muchos tomos y no es porque conozcamos algunos capítulos de esta gran obra que puede predecirse el epílogo de la misma manera el total descifrado no nos dice quiénes somos, no es como ciertos los consideran el nuevo "santo grial" de nuestro tiempo. De hecho, nada sería más reductivo que pensar que nuestro ser depende principalmente de la expresión de nuestros genes, como si las características físicas externas (calvicie, color de los ojos o la piel…) podrían influir drásticamente el ser (14).

Por último, la expresión génica requiere tiempo, el tiempo genético no es necesariamente el mismo que el tiempo de ser. Incluso podemos decir que nuestro tiempo biológico-genético y nuestro tiempo de ser están perfectamente desfasados. La expresión que tales o cuales genes pueden esperar veinte años o más, mientras que el ser del individuo, él afortunadamente no espera veinte años para construirse y hacerse. Es a través de este tiempo del ser que llegamos a ser lo que aún no somos.

El tiempo del ser es el tiempo de su construcción: aunque heredero del pasado y mirando hacia el futuro, el ser se desarrolla en el presente, es el tiempo de la interacción con nuestro entorno y con los demás, el tiempo de la acción es nuestro presente. Es ahora que tengo que actuar de acuerdo con los principios que me he propuesto de seguir, soy a la vez recipiente de las influencias de mi medio ambiente y fuente de cambios para ese entorno. La construcción de mi identidad es el diálogo con el otro, que el otro sea otro ser humano o cualquiera de los elementos que me rodea. Consecuentemente, sentirse intimidado por la idea de que mi identidad está escrita en algún lugar desde todo tiempo, en mis genes, por ejemplo, es

creer que el futuro ya está totalmente incluido en un hecho pasado (del ovulo fecundado de donde he nacido). Así, hacer un puente entre el pasado y el futuro seria negar el presente, esto significa negar el tiempo de la construcción del ser. Sólo aquellos que entienden que su identidad no está determinada en alguna parte pueden construirse, y ser verdaderamente ellos mismos.

Si consideramos el espacio como un "aquí" y el tiempo como un "ahora", mi ser se construirá entre un " aquí y un ahora" en lugar de entre un " antes" y un "aquí".

Lo que la biología no puede predecir es lo que llegaremos a ser a través del camino que recorramos. Antonio Machado (poeta español, 1875-1939) en uno de sus poemas lo expresa así:

…Caminante, son tus huellas

el camino y nada más;

Caminante, no hay camino,

se hace camino al andar.

Al andar se hace el camino,

y al volver la vista atrás

se ve la senda que nunca

se ha de volver a pisar.

Caminante no hay camino

sino estelas en la mar.

En otras palabras, es la libertad de ser nosotros mismos tal como la entendemos e insumisos a lo que dictan nuestros genes. Lo que soy va más allá de mí ser, y me recuerda a alguien que fui. Por supuesto, por la pereza del ser, es más fácil pensar que todo está predeterminado y sólo esperar que nuestros gene se expresen, que el tiempo realice lo que la biología a establecido. Pero aún es necesario que esta pereza nos permita ver que algo en nosotros va a expresarse, que la identificamos y que la aceptamos. Por el contrario, si nuestra pasividad es extrema, no nos convertimos en lo que somos, sino en lo que nos espera.

Aun suponiendo que hay un destino (argumento que rechazamos a propósito de los genes), y no sabiendo cómo será, la mejor actitud es no esperar que los eventos ocurren, pero tomar nuestra mejor parte, por nuestras acciones en lo que sucede en este mundo. En otras palabras, lo mismo si todo estuviera escrito, nuestra ignorancia sobre su contenido debería llevarnos a actuar ahora y de acuerdo a nuestros principios. Esperar lo que la biología ha decidido por nosotros, se asemeja al "sofismo de la razón perezosa" enunciada por el filósofo Leibniz. que escribe en sus pruebas teodicea publicados en 1710: … *si el porvenir es necesario, lo que debe suceder, sucederá, se haga lo que se haga.* Lo muestra con el ejemplo de la enfermedad*: no hay que cuidar del cuerpo, ni seguir un régimen para conservar la salud, pues es inevitable que llegue la enfermedad que haya de llegar…. si lo que pregunto va suceder, sucederá sin hacer nada; y si no debe suceder, nunca va a suceder por más pena que me tome para conseguirlo. [...]* Pero *[...] siendo el efecto certero, la causa que lo producirá lo será también; y si el efecto acontece, será de una causa proporcionada. Por lo tanto, su pereza hará tal vez que usted no consiga nada de lo que usted desea y usted caerá en los males que podría haber evitado actuando con cuidado. "*

Devenir lo que no somos es un ejercicio dinámico e inteligente, un descubrimiento constante de la su ser que requiere la apertura, la curiosidad, la admiración y el asombro.

Maravillarse de uno mismo puede parecer un poco pedante y egocéntrico, pero por un lado "la virtud sólo necesita de sí misma" la virtud tiene un valor intrínseco, que no depende de la alabanza de los otros y en segundo lugar, tenemos que osar a ser curiosos, porque, a fuerza de ser cautelosos para evitar un error, podemos terminar por obviar una verdad.

Por lo tanto es a cada uno, de discernir y confiarse a su juicio personal. Por supuesto que esto no es sin riesgo, como el ciempiés (*diplodos*) a quien la rana le pregunto cómo hacía para coordinar los movimientos de todos sus miembros para avanzar en armonía, el ciempiés entro en su galería y, a fuerza de pensar, no pudo salir ni caminar más.

Una opción nos es ofrecida: aceptamos el evento u obramos para devenir lo que todavía no somos. ¿Estamos dispuestos a frecuentarnos nosotros mismos a recibir al otro y descubrirnos? O si no pasivamente, ser lo

que la naturaleza ha previsto para nosotros? En este último caso, no hay que olvidar que la naturaleza ha establecido límites y que mi ser se verá en consecuencia restringido.

En definitiva, estos dos perfiles del yo es la connivencia necesaria a una intimidad profunda con uno mismo que nos permitirá crecer y superarnos.

"Conócete a ti mismo!". Desde Sócrates hasta nuestros días, esta frase no ha dejado de repetirse, hasta un punto que a fuerza de escucharla en los discurso científico, político, artísticos por los más diverso oradores verborragicos, esta citación ha perdido todo su sentido, dando lugar a las interpretaciones más variadas sin haberse puesto en práctica. ¿Por qué darse esa pena, ya que es más ventajoso, en nuestro tiempo, ser conocido que conocerse a sí mismo? Anatole France, por su parte, postulaba: *"…Yo entiendo el conocimiento de sí mismo como una fuente de preocupaciones, angustias y tormentos. Yo me frecuente lo menos posible…".*

Con la genética, nos introducimos en el patrimonio íntimo del ser humano. Con la biología molecular, hemos ido muy lejos en la comprensión de las interacciones moleculares constituyentes de lo que ocurre en nuestro cuerpo, a pesar que hemos intervenido directamente sobre los genes para obtener nuevos organismos, el hombre continua a pensar, a soñar, a criticar, por ahora no sabemos, controlar el pensamiento. Esta visión excéntrica de controlar las mentes de los hombres, de concebir un hombre sublimado que quitaría su condición de *homo sapiens*, está basado tanto en la pretensión de negar la libertad y la creatividad humana, que sobre un malentendido, ya que es un error de pensar que porque podemos intervenir sobre una realidad, podríamos decidir la suerte o el destino de un individuo.

Nuestro mundo es y seguirá siendo un mundo de contingencia y por lo tanto de libertad, a pesar de lo que expongan los partidarios del programa genético y de cualquier forma de predeterminación.

Por último, los científicos a menudo cometen el error de pensar que sólo porque buscan lo verídico, serían los dueños de la verdad, y deben transmitirla a los demás hombres. Nada más lejos de la realidad, la verdad científica es un discurso de circunstancia: la ciencia es uno de los medios, probablemente más racionales, de comprender el mundo en que vivimos y que nos comprende como seres humanos, pero que sólo tiene sentido si existe un diálogo con las "humanidades", y los sentires de otros hombres. El

orden de la naturaleza precede el orden del razonamiento, el razonamiento incluye solamente los elementos que conocemos, mientras que la naturaleza tiene en cuenta y establecer su orden a partir de todos los elementos existentes. El filósofo examina, considera y juzga el razonamiento científico convirtiéndose a veces en un legislador. Pero, ¿podemos decir que el filósofo conoce el orden de la naturaleza? para Aristóteles, el filósofo conoce la naturaleza porque conoce la filosofía y la ciencia, este ejemplo podría sernos de gran utilidad (sobre todo en bioética), si la filosofía de la ciencia, se aplicara a formar filósofos que tengan buenos conocimiento de las ciencias y que interactúen con los científicos en esas disciplinas.

LA IDENTIDAD EN RIESGO

La naturaleza, a través del medio ambiente, afecta el ADN de todos los seres vivos, introduciendo mutaciones sucesivas y generando así el polimorfismo y la pluralidad de los individuos, respetando la identidad de cada uno. El hombre, a través de manipulaciones genéticas, modifica y transforma la identidad de un cierto número de seres vivos. Así, por ejemplo, desde hace más de treinta años, y a título experimental, los investigadores introdujeron en los genomas de ratón o de oveja genes humanos que producían proteínas humanas. También incorporaron genes de especies inferiores (invertebrados) a especies superiores, como el gen de la fluorescencia de la medusa en los monos, ¡Que deslumbraban en la obscuridad! Por supuesto, las plantas no han escapado a estas manipulaciones. Nunca, hasta el día de hoy, se habían producido en la naturaleza tantas quimeras alterando o modificando la conducta, y posiblemente la identidad.

¿Es por lo tanto que la identidad de los ratones, las ovejas, el mono o de las plantas transgénicas fueron cambiadas? Desde luego que no, a pesar de estos genes introducidos, modificado o eliminado por el hombre y que sin duda algunos afectan el comportamiento del individuo, cada uno sigue siendo lo que es, el ratón un ratón, la oveja, una ovejas, etc. Pero, si introducimos o modificamos 2, 3, 4,... 10 genes, ¿El ratón seguirá siendo un ratón? ¿Cuantos genes transfectados o modificados podemos soportar sin perder nuestra identidad?

En un enfoque similar a los anteriores, Jean Bernard (presidente del comité nacional de ética) en 1987 ya se hizo la pregunta utilizando el ejemplo de una pareja (de ficción) en la cual la joven esposa, consecuentemente a sucesivos tejidos dañados, padeció numerosos trasplantes: las manos, la cara, los riñones, la piel, el corazón, ¿Cuántos órganos, cuantos tejidos puede recibir una joven esposa para que continúe a ser amada por su cónyuge? Poco importa el número de órganos trasplantados o conservados, respondió Jean Bernard, en teoría, sólo el trasplante de cerebro podría cambiar el individuo.

Esta constante preocupación nos lleva de nuevo a nuestra afirmación inicial de que nuestra identidad no es puramente biológica y no depende principalmente de nuestros genes, sino que proviene de esta humanidad de la cual somos depositarios y es el centro de nuestra identidad. Creer que puede haber genes asociados a nuestra identidad y que identificarlos nos permitiría cambiarla completamente es del dominio de la utopía. Cuidémonos del reduccionismo, que sugiere que las manipulaciones genéticas pueden cambiar la identidad del individuo y llevarnos a conclusiones puramente especulativas, es lo que algunos genetistas lo han calificado como "un crimen contra la identidad". Al menos si alguna vez esto sucediera, no sería por las modificaciones de nuestro código genético ni por una implantación quirúrgica de dispositivos provenientes de la nanotecnología, sino por la destrucción del individuo, del otro y de su trascendencia.

Es este el pluralismo del otro que está en nosotros que hace que seamos únicos y al mismo tiempo plurales, según Albert Jacquard (15), (elogio a la diferencia), entre los seres humanos no existe la desigualdad, si no las diferencias. De hecho, algunos caracteres pueden ser una desventaja para las personas que viven en una región determinada y beneficiosas para otros, como es el caso del defecto de la hemoglobina (S) que proporciona protección contra la malaria para el portador. Intentar definir la identidad del hombre y asociarla a un órgano o tejido fue realizado a lo largo de diferentes épocas. Prometeo lo asocio al hígado, los griegos a la sangre, el corazón tendrá su lugar en la literatura de los siglos XVII y XVIII, hasta que a principios del siglo XX tratáramos de hacerlo al sistema hormonal, hoy a la genética y por supuesto al cerebro. Si esta asociación fuese tan simple y la identidad del individuo pudiese vincularse a un tejido o célula, ella

desaparecería con su muerte, ya que toda célula muerta no es reconocida por el organismo como parte del mismo, es fagocitada como lo sería una célula extraña, el cuerpo no reconoce como propias las células muertas. “nécrotactismo”.

Estos intentos de asociar el tejido, las moléculas, los genes a nuestra identidad muestran claramente nuestras debilidades y quizá también nuestro egoísmo. Queremos imperiosamente que nuestra identidad sea algo tangible como un título de propiedad o de nobleza, sin ser demasiado consciente y a pesar de un barniz de apertura, escapamos al otro pensando al mismo tiempo que es así que somos nosotros mismos. Paul Valéry expresaba así la diversidad de cada hombre *"Yo tengo el espíritu unitario en mil pedazos, pero esta diversidad es exactamente yo "*. Jean de La Fontaine (16) fue probablemente uno de los primeros en notar esta riqueza de identidad y pluralidad en la diversidad de cada uno. Él lo expresa con delicadeza y con imaginación *"Esta diversidad de la que usted habla tanto, | Mi vecino leopardo la tiene sobre el mismo solamente |. Yo la tengo en mi espiritu .... El mono tenía razón: no es en el hábito | que la diversidad me place , es en el espiritu ".*

La identidad del individuo no es una cuestión biológica, tampoco una relación arbitraria, social e ideológica. Debemos tener cuidado y rechazar todo enfoque que nos lleve a un análisis sustancialista reductor, o a toda explicación basada en el relativismo inconsecuente, ambas menosprecian la noción de identidad. Conservemos preferiblemente un diálogo fructífero entre la pluralidad y la singularidad.

EL DEVENIR DE LA IDENTIDAD: SER Y HABER SIDO.

Se trate aquí de la cuestión de la identidad en el tiempo, el devenir.

El libro de filosofía más importante en este aspecto es el de Paul Ricoeur, *"Sí-mismo como un otro",* que escribió acerca de esta forma de identidad la "ipsite" (o "mismidad").

¿Que nos enseña la biología sobre la identidad y él, devenir? Ella nos explica que el organismo evoluciona y se adapta, por lo que no siempre se

mantienen exactamente igual. Sin embargo, los mecanismos de conservación y preservación del cuerpo son también numerosos. En particular, los inmunólogos nos han demostrado a lo largo del siglo XX, que todos los organismos tienen mecanismos de defensas que les permiten de mantener su integridad frente a las agresiones externas (bacterias, virus, parásitos, hongos, etc.).

En este sentido el organismo trata de preservar en sí mismo un núcleo de individualidad que no podría cambiar sin que todo el cuerpo no fuera afectado. Esta teoría culmina en el "modelo del “self y no-self", propuesto por el virólogo australiano FM Burnet (17) en la década de 1940. En el cual establece que, el organismo desencadena una reacción inmune contra cualquier entidad que le es extranjera ("no-self") y no contra los componentes de su organismo ("self"), este modelo, dominante y aún prácticamente indiscutible en inmunología, establece las bases biológicas del "yo" y el "otro" ("no-yo"), ya que los receptores inmunes de un organismo son capaces de reconocer, y discriminar entre lo que es propio (células, tejidos, etc.) " del "no-propio" (elementos extraños al organismo ex agentes patógeno, injertos).

Este principio de reconocimiento inmunológico adicionado a un vocabulario de defensa, que intenta dar cuenta de los mecanismos efectores por el cual un organismo rechaza lo que no reconoce (patógeno u órgano trasplantado) constituye el sustrato de la inmunología contemporánea que podrá elucidarnos sobre el problema biológico de la ipsidad.

El modelo del "self y no-self" es fundamentalmente de tipo sustancialista. El "sustancialismo" es un supuesto que afirma que el individuo es una sustancia, que conserva siempre en sí, un "núcleo", a pesar de los cambios que puedan afectarlo. Es decir que no todo cambia en uno: hay siempre un "algo", un "sustrato", que sigue siendo el mismo, mientras que todo lo demás puede cambiar. Según el modelo de Leibniz, el substancialismo biológico considera al individuo como una realidad relativamente cerrada a la externalidad (el "no-self") y que se define a sí mismo: la ausencia de abertura y la autodefinición son las dos características decisivas de la sustancia en este modelo.

En inmunología, el sustancialismo se expresa claramente en la idea que el cuerpo mantiene su "self" contra todas las agresiones que provienen

de "no-self" y en la afirmación que el self es conocerse y reconoce (especialmente cuando se trata del complejo mayor de histocompatibilidad - MHC-).

Este sustancialismo no se encuentra solamente en inmunología, está también presente en genética y principalmente en la biología del desarrollo, en la demostración que una célula madre ya contiene potencialmente todos los componentes de un organismo. La idea subyacente seria simplemente dejar expresarse el programa genético para obtener el organismo en cuestión, que de alguna manera es el "preformado" de la célula madre. Por lo tanto, el desarrollo no sería más que la realización de las potencialidades preexistente.

Identidad biológica ampliada

La mayoría de nuestros sistemas tisulares a la excepción del óseo y nervioso están en contacto con él medio ambiente externo (el "no-self "; el organismo no es una entidad cerrada a las influencias exógenas.

De hecho, los trabajos recientes sobre la tolerancia inmune, como los fenómenos de quimerismo y de simbiosis, muestran la complejidad biológica de la identidad de los organismos. El cuerpo puede aceptar e integrar el "no-self como en el caso del quimerismo, y puede beneficiarse del "no-self" inscribiéndose en una relación de intercambio de mutuo benefcio.

Dos ejemplos pueden aclarar este propósito. El primero se refiere a la tolerancia materno-fetal: a pesar de que el feto es genéticamente diferente de la madre (la mitad de sus genes provienen de su padre), ésta durante el embarazo no provoca ninguna reacción de rechazo contra su embrión. Esto es debido a que se establecen diversos procesos de regulación inmunes, pero el más importante y crucial es, la expresión por las células fetales de la molécula de histocompatibilidad HLA-G (18), que inhiben la respuesta inmune alogénica por interacción con las células efectrices T, CTL, NK, NKT; también tolerariza las células APC e induce la diferenciación de células T reguladoras que inhiben la respuesta de células efectoras T y B. Así, en la tolerancia materno-fetal se produce en las madres un verdadero cambio activo de la identidad biológica: una serie de proceso positivo de tolerancia se configuran en el cuerpo materno, a través del cual el hijo resulta una

parte constituyente de la identidad de su madre. Esta modificación de la identidad biológica de la madre por el feto, y la fusión parcial de las dos identidades tienen consecuencias a largo plazo.

Además durante el embarazo, las células fetales pasan al torrente sanguíneo materno e infiltraron sus tejidos. Un microquimerismo (presencia en un individuo de células de otro individuo) se instala, es decir que estas células, a pesar que son extrañas, son toleradas. Lo sorprendente es que se mantendrán en el tejido materno durante muchos años (hasta veinte siete años luego del embarazo y tal vez por toda la vida).

En otras palabras, la madre nunca se separa de las células de sus hijos. Si quisiéramos hacernos eco del psicoanálisis, podríamos ver en esto una explicación biológica del complejo de Edipo. Sin embargo, un microquimerismo similar ocurre entre hermanos gemelos, pero también de la madre al hijo (consecuentemente, el hijo, conserva también en su cuerpo durante toda su vida, las células de su madre). Por lo tanto, no somos seres puros, llevamos en nosotros las células (y la identidad genética) del otro. Es más, decir, en biología, "Yo soy yo y mi self" es inexacto, debe decirse: "Yo soy yo, mi self, y en parte el self del otro". Esto es lo que explica la aparente paradoja de lo que hemos mencionado en la introducción: ser uno mismo, es en realidad construirse acogiendo el otro en sí mismo.

El caso del quimerismo nos muestra desde el punto de vista biológico que nuestra identidad no depende solamente de nosotros, sino también del otro. Nuestra identidad se construye con el tiempo y no permanece fija en el día de nuestro nacimiento, el tiempo da al individuo toda libertad, y es proyectándose en su propio futuro que la identidad se construye y no siendo un prisionero de sus orígenes, lo que lo privaría de integrar la alteridad.

Demostrar que la identidad humana se construye cada día, contribuye a evitar dos errores que podemos ilustrar a través de dos textos de la literatura. Por un lado, el error de Edipo, que cree que su identidad se reduce a sus orígenes, y parte a la búsqueda de sus padres biológicos, pero al hacerlo encontrará su propia desdicha y la de sus padres. Primero asesinando a su padre (Laios) a causa de un simple altercado de circulación y luego provocando el suicidio de su madre (Yocasta) ulteriormente a la noche de bodas, al fin él se rasga los ojos. Por otro lado el error de Dorian Gray,

quien cree que la identidad puede permanecer fija en el tiempo, es decir, que puede llevar la vida más depravada sin tener el estigma del tiempo; pero, Oscar Wilde (El retrato de Dorian Gray), nos dice que Dorian el día de su muerte, es un hombre usado, execrable, horrible; francamente, como el diablo, que sus mismos servidores cuando lo descubren no lo reconocen.

El hecho de privilegiar sus orígenes, a expensas de la construcción de su propia identidad nos puede llevar a profundizar y cultivar las diferencias que a son mucho menos significativas de lo que pensamos, y que son portadoras de riesgo, sobre todo cuando los individuos tratan de construir comunidades cada vez más pequeñas , menospreciando el encuentro con el otro, y su aceptación en toda simplicidad.

Nuestro segundo ejemplo son las bacterias que colonizan nuestros cuerpos y que son particularmente útiles para nuestra supervivencia. Las bacterias intestinales aparte de intervenir en la digestión, son también para nosotros, excelentes medios de defensas inmunitarias, y su perdida puede conducirnos a la enfermedad. Nos encontramos entonces ante la paradoja de que los organismos que se suponen, ser enemigos y el blanco del sistema inmune, son en realidad los elementos que nos ayudan. Estas bacterias forman parte de nosotros, ellas son constitutivas de nuestra organización biológica. En este sentido J. Lederberg, consideraba nuestro organismo como un "súper-organismo", de unidades hechas de una multiplicidad de entidades cuya articulación es simple, fértil y sólida.

CONSIDERACIONES FINALES

Durante la primera década del siglo XXI, e incluso antes, hemos sido testigos de una creciente cultura de la auto-imagen. El Dr. Fausto de los tiempos modernos no ha cambiado sus objetivos: la riqueza, la fama y el poder. La ronda del segundo acto *"el becerro de oro"* es siempre de actualidad y bien puede ilustrar esta tendencia.

Por desgracia, en esta cultura de la imagen de sí mismo, el otro está olvidado, o peor se convierte en un medio u objeto para alcanzar sus propias metas, provocando primero la desconfianza, luego el desprecio e irremediablemente, el recogerse en sí mismo.

Situación paradójica para una sociedad que, a través de sus medios de comunicación y de información, nunca ha sido tan abierta hacia los demás. Probablemente hay que ver en esta forma de egoísmo una respuesta de miedo causada por la profusión de información que hace que la necesidad de existir sea omnipresente, o, por el contrario, cuando, perdido en una multitud, el individuo se encierra en sí mismo para protegerse. De todos modos, estas dos actitudes llevan al individuo a aislarse e ignorar el otro y todo lo que el otro le aporta. Estas situaciones son muy peligrosas porque debilitan el desarrollo social y cultural del individuo y de la sociedad. ¿Cómo podemos progresar sin el otro? ¿Podemos construir en toda solitud nuestra identidad? El otro peligro naciente es que cuanto más el individuo se repliega sobre sí mismo, mayor es su tendencia a agruparse en colectividades comunitarias. En otras palabras, el retraimiento individual produce indeliberadamente una fragmentación de la sociedad que engendrara inevitablemente conflictos de supremacía con sus consecuencias de separatismo y exclusión. El poder público no puede permanecer insensible a esta fragmentación y su intervención será parcial e infructuosa, a pesar de su inquietud por la equidad de una minoría de individuos de una sociedad o de una población. Para cultivar la tolerancia es necesario fomentar la diferencia.

Sobre 6.811.543.934 habitantes que tiene la tierra actualmente, casi más de 2/3 se declaran infelices. Podríamos pensar que se trata de las personas que sufren una considerable falta de alimentos, de libertad o atención. Sin embargo, Francia está en el puesto 62 en el mundo, después de Mongolia y El Salvador y en un rango antes de Indonesia que ha experimentado recientemente episodios muy lamentables. De hecho, el estudio se centra en las respuestas de los sondeos de opinión, que muestra que los franceses son muy críticos con respecto a sí mismos y especialmente de su país. ¿Cómo puede el individuo construir su identidad si la imagen que tiene de su sociedad, de sus conciudadanos es tan negativa? En estas condiciones, el Dr. Fausto no puede que avanzar rápido e ir lejos, incluso a la desesperación y la soledad del individuo.

CONCLUSIONES FINALES

Llegamos al término de esta disertación donde he tratado de describir el largo camino del *homus viatus* ante su propia identidad.

Desde hace muchos año las disciplinas biológicas particularmente la genética y la imnología, adoptaron de la filosofía y de la psicología los términos "ser", "identidad", "individualidad". La dificultad acontece en el empleo claro y apropiado de estos conceptos, dado que utilizados en registros diferentes pueden inducir a concepciones erróneas.

Es importante de guardarse de no asimilar la identidad a la individualidad y la unicidad radical. El ser humano es un ser único desde el punto de vista genético, inmunitario, o neuronal. En este sentido cada especialidad biológica puede reivindicar su propia noción del ser, sin embargo nosotros pertenecemos todos a una misma especie caracterizada por una organización biológica común. La exhortación a la unicidad y a la individualidad tiene que ser examinada con mucha atención y cuidado sobre todo cuando ello puede inducir al riesgo de la separación de las personas.

Si la manera de definir nuestra identidad es cuantiosa y diversa, del análisis presentado, un elemento notorio se manifiesta: la identidad humana es siempre contextual y racional, no se puede comprender sin el otro.

Podemos considerarnos únicos, y afirmar nuestra unicidad, a condición que el otro forme parte de nosotros, es con el que construimos nuestra humanidad. La indiferencia nos conduce inexorablemente al menosprecio y al conflicto, nuestra historia y especialmente la del siglo XX está sembrada de exclusión con sus consecuentes calamidades.

La incongruencia de nuestro tiempo, es que acrecentamos los medios de comunicación y nos conocemos menos; reducimos las distancias y desconocemos nuestros próximos; predicamos los derechos del hombre e intensificamos nuestros prejuicios, exhortamos la caridad y yacemos indiferentes; tenemos grandes ideas y exiguos pensamientos; juicio sobre todo e ignorancia de nosotros mismos; crecemos en saber y decrecemos el criterio.

El tiempo de nuestra vida no es cronológico ni biológico, es aquel que nos ha permitido compartir instantes extraordinarios con los otros.

La siguiente historia concluye e ilustra mis propósitos. En un estudio de artista se encontraba un escultor cincelando un gran bloque de mármol. Un niño con gran admiración lo visitaba día tras día, hasta el día que observó con maravilla y asombro la cabeza de un caballo, muy impresionado le preguntó al escultor ¿cómo sabías que adentro de ese bloque de mármol se encontraba la cabeza de un caballo?, El escultor respondió : “simplemente lo sabía.”

“ la humanidad no es un estado al que
uno se somete es una dignidad a conquistar
“ (Vercors)

Muchas gracias

BIBLIOGRAFIA GENERAL

1. Carosella Edgardo D., Pradeu Thomas, L'identité, la part de l'autre, Immunologie et Philosophie Editions Odile Jacob, Paris 2010.
2. Aristote, Ethique à Nicomaque, trad. R. Bodéüs, GF. 2004.
3. Lettre de Saint Paul Apôtre aux Romains, chapitre 14 al 09 ???
4. Dausset Jean, The Major Histocompatibility Complex in Man, Science 213, 1981, 1469-1474.
5. Dausset Jean, Clin d'œil à la vie – La grande aventure HLA, Odile Jacob, 1998.
6. Aristote, Métaphysique, traduction J. Tricot, Vrin. 1935
7. Leibniz, De la réforme de la notion de substance et de la philosophie première, Opuscules philosophiques choisis, Vrin.
8. Gros F., Jacob, F., Royer P., Sciences de la vie et société, Paris: La Documentation française, 1979, p. 288
9. Monod Jacques, Le hasard et la nécessité, 1970.
10. Burnet Frnk M., Self and Non-self, 1969
11. Changeux J-P., L'homme neuronal, Fayard, 1983.
12. Changeux J-P., Ricoeur P., Ce qui nous fait penser (Entretiens), Odile Jacob, 1998.
13. Morange Michel, La part des gènes, Odile Jacob, 1998.
14. Morange Michel, La vie expliquée ? – 50 ans après la triple hélice, Odile Jacob, 2003.
15. Jacquard Albert, Eloge de la différence, Points Science 1979.
16. La Fontaine Jean (de), Fables.
17. Burnet Frank M., The Integrity of the Body, 1962.

18. Carosella E.D., Moreau P., Le Maoult J., Le Discorde M., Dausset J. and Rouas-Freiss N..: 2003, HLA-G molecules: from maternal-fetal tolerance to tissue acceptance, Advances in Immunology 81, 199-252.

Bibliografía por áreas

Aspectos básicos

Bernard Jean, Dausset Jean, La mosaïque humaine – Entretiens sur les révolutions de la médecine et le devenir de l'homme, Calmann-Lévy, 2000.

Bernard J, Dausset J, Debru C, Soi et non-soi, Seuil, 1990.

Buss Leo, The Evolution of Individuality, 1987.

Damasio A., Spinoza avait raison, Odile Jacob, 2003.

Hamburger Jean, L'homme et les hommes – Essai sur l'originalité biologique de l'individu (1976), Livre de Poche, 1982.

Jacob François, La logique du vivant, 1970.

Levins Richard, Lewontin Richard, The Dialectical Biologist, Harvard University Press, 1985.

Lewontin Richard, Human Diversity, Scientific American Library, 1982, 2nd ed. 2000.

Lewontin Richard, Rose Steven, Kamin Leon, Not in our genes, Pantheon Books, 1984.

Lewontin Richard, The Triple Helix, Harvard University Press, 2000.

Odling-Smee John et al. Niche Construction – The Neglected Process in Evolution, Princeton University Press, 2003.

Filosofia biológica

Gayon Jean, Darwinism's Struggle for Survival: Heredity and the Hypothesis of Natural Selection, Cambridge University Press, 1998.

Godfrey-Smith Peter, Complexity and the Function of Mind in Nature, Cambridge University Press, 1996.

Jablonka E., Lamb M. Epigenetic Inheritance and Evolution: The Lamarckian Dimension, Oxford University Press, 1995.

Oyama Susan, The Ontogeny of Information, 1985, 2000.

Pradeu Thomas, Carosella Edgardo, Analyse critique du modèle immunologique du soi et du non-soi et de ses fondements philosophiques implicites, Comptes rendus de l'Académie des Sciences (Biologie), 2004.

Pradeu Thomas, Carosella Edgardo, The Self Model and the Conception of Biological Identity in Immunology, Biology&Philosophy, à paraître.

Tauber Alfred, The Immune Self – Theory or Metaphor ?, Cambridge University Press, 1994.

Wilson Jack, Biological Individuality.

Filosofía general

Arendt Hannah, Condition de l'homme moderne, Calmann-Levy, Pocket Agora, 1961, 1983.

Dumont Louis, Essais sur l'individualisme, une perspective anthropologique sur l'idéologie moderne, Seuil, 1983.

Ferry Luc, Renaut Alain, 68-86. Itinéraires de l'individu, Paris, Gallimard, 1987.

Gauchet Marcel, Le désenchantement du monde, Gallimard, 1985.

Hume David, Traité de la nature humaine, Livre I.

Leibniz, Monadologie, éd. M. Fichant, Gallimard, Folio Essais, 2004.

Lipovetsky Gilles, L'Ere du vide. Essais sur l'individualisme contemporain, Gallimard, 1983.

Locke John, Essai sur l'entendement humain, trad. J-M. Vienne, Vrin, 2002.

Marc-Aurèle, Pensées pour moi-même, GF.

Renaut Alain, L'individu – Réflexions sur la philosophie du sujet, Hatier, 1995.

Ricoeur Paul, Soi-même comme un autre, Seuil, 1990.

Spinoza Baruch (von), L'Ethique.

Strawson, Individuals, Routledge, 1964.

Historia

Vernant Jean-Pierre, L'individu, la mort, l'amour – Soi-même et l'autre en Grèce ancienne, Gallimard, Folio Histoire, 1989.

Sociología

Becker Howard, Outsiders, Métailié, 1985.

Bourdieu Pierre, Méditations pascaliennes, Seuil, coll. « Liber », 1997.

Dubar C. La socialisation. Construction des identités sociales et professionnelles, Armand Colin, 2002.

Elias Norbert, La société des individus (1987), Fayard, Pocket « Agora », 1991.

Goffman E. Stigmates, Minuit, 1976 ; La mise en scène de la vie quotidienne, tome 1 La présentation de soi, Minuit, 1973

Halpern Catherine, Ruano-Borbalan Jean-Claude, Identité(s), éd. Sciences humaines (Diffusion PUF), 2004.

Weber Max, L'éthique protestante et l'esprit du capitalisme, Pocket, 1989.

Metodología

Vernant Jean-Pierre, L'univers, les dieux, les hommes, Seuil, 1999.

Literatura

Borgès Jorge, L’Aleph.

Swift Jonathan, Voyages de Gulliver.

Wilde Oscar, Le Portrait de Dorian Gray.